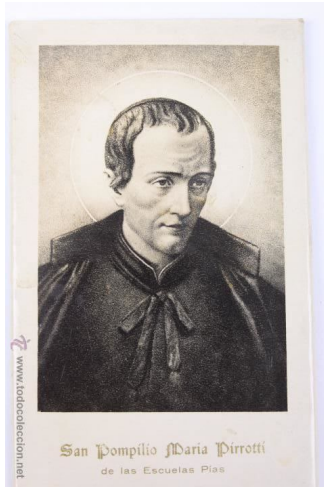


Escolapio y gran Apóstol del Escapulario Carmelita



En la tarde del 15 de julio de 1766, víspera de Nuestra Señora del Carmen, el Apóstol del Santo Escapulario, san Pompilio María, entregó su alma a Dios.

Nacido el 19 de septiembre de 1710, a la edad de dieciséis años sintió la llamada de Dios a la vida religiosa y, a raíz del sermón cuaresmal predicado en su tierra natal, Montecalvo Irpino, por el rector de las Escuelas Pías de la vecina capital de Benevento, Nápoles, ambos lugares del sur de Italia, huyó de su casa al colegio donde vivía el ferviente predicador y le pidió la sotana calasancia (en referencia a San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías, Escolapios).

Las razones de su buen padre, que le seguía y era un notable abogado, eran estériles ante la firme decisión de su hijo. Y el período de noviciado y el de neoprofesión, con sus estudios, no hicieron más que continuar la vida inocente y penitente que ya había llevado en casa.

Allí, de hecho, la disciplina y la oración mental le fueron impuestas muchas noches. Por la noche, cuando el sueño llegaba e intentaba apoderarse de él, recurría a la penitencia y a la privación de todas las comodidades, y a menudo permanecía en oración hasta la mañana siguiente.

Al terminar su carrera escolapia, ejerció el apostolado de la enseñanza y la educación durante catorce años. El primero de estos años lo dedicó a la enseñanza primaria en Turín, y los trece restantes a la enseñanza de humanidades y retórica en Francavilla, Brindis, Ortona, Chieti y Lanciano, así como a la prefectura de escuelas y a la presidencia de la Archicofradía de la Buena Muerte.

De su apostolado entre los estudiantes se recuerdan huellas de penetración sobrenatural. Uno de ellos ocurrió en Lanciano. Al comenzar su lección, los niños notaron la ausencia de Giovanni Capretti. El padre Pompilio se concentró y, pocos segundos después, exclamó: "¡Pobre Capretti! No ha podido venir porque se está muriendo... Pero no será nada. Dos de vosotros vais a ir ahora a preguntar por él". Y los chicos corren a su casa para hacerle la angustiada pregunta. Sus padres se sorprendieron, pues le habían oído levantarse y creían que estaba en el colegio con toda normalidad. Suben temerosos a su habitación y lo encuentran en el suelo, boca abajo, inconsciente, a punto de expirar. Sobresaltados, le levantan, le zarandean y le llaman repetidamente. Al final, el pobre herido vuelve en sí, sollozando: "¡Padre Pompilio! ¡Padre Pompilio! No se dio cuenta de que, al levantarse, le habían sobrevenido dolores y escalofríos que le hicieron desfallecer sin dejarle gritar.

Después, sólo supo que su maestro le había llamado y que se sentía vivo. Cuando los dos emisarios regresaron al colegio, el sacerdote aprovechó para explicar a sus alumnos la necesidad de estar siempre en gracia del Señor. Se comprende el prestigio que aureolaba al humilde sacerdote en tales acontecimientos.

Sin embargo, durante ese mismo periodo de enseñanza, de 1733 a 1747, cuando llevaba dos años ordenado sacerdote, el Capítulo Provincial de 1736 acordó permitirle predicar la Divina Liturgia.

Y, a través de todas aquellas escuelas de La Pulla y Los Abruzos donde enseñó a tantos niños y jóvenes, comenzó a animar a hombres y mujeres desde el púlpito, destacándose como un misionero de sorprendente fuerza y eficacia.

Pronto se ganó el título de "apóstol de los Abruzos", por sus maravillosas intervenciones que impresionaban a poblaciones enteras. En el mismo Lanciano, el último de los colegios de esta etapa, al acercarse la medianoche, Pompilio sale una vez más de su casa, abre la puerta de la iglesia, recorre las calles vecinas y comienza a dar voces, despertando a los despreocupados durmientes para que se levanten todos y acudan a la iglesia, porque les va a predicar inmediatamente. Incluso hace sonar las campanas llamándoles al sermón.



Ante tal noticia, todo Lanciano se agolpa en torno al púlpito del apóstol. Y el santo vidente les anuncia tembloroso que un horrendo terremoto se dejará sentir en toda la región, pero que no deben temer, pues su celestial Patrona, la Virgen de Occidente, intercede de manera singular por la afortunada población.

De hecho, aún estaba hablando cuando un estruendo subterráneo procedente de lejos hizo temblar el suelo y tambalearse los edificios, oprimiendo de asombro y nerviosismo a todo el auditorio. Afortunadamente, El terremoto amainó, y un soplo de alivio siguió al suceso. La alarma del santo no había sido en vano. El estallido de gratitud tras la oleada de terror es una confesión colectiva del fruto de esas vigiliias, llenas de visiones proféticas, en

el que el santo predicador, como otro Abraham, participa de la mediación y del secreto de los castigos y condescendencias divinas.

La segunda etapa de la vida escolapia de San Pompilio fue su estancia en Nápoles durante otros doce años, de 1747 a 1759. Tanto en el colegio de Caravaggio como en el de la Duquesa, ambos en la capital del reino napolitano, aró un campo más amplio para su granero.

Desde Lanciano, había solicitado al Papa el título de misionero apostólico. Benedicto XIV no se lo concedió, pero intensificó las misiones en las dos Sicilias, hasta el punto de que los superiores de la Congregación desvincularon a Pompilio de la tarea docente para dedicarse de lleno a ser capellán permanente, predicador diario y confesor continuo de jóvenes y mayores en las capillas de los respectivos colegios. Y en tal ambiente y como director de la Archicofradía de la Caridad de Dios, se dedicó a una fervorósima vida apostólica, que Dios selló con innumerables y sorprendentes prodigios.

Un día, una madre llegó a la iglesia de Caravaggio con la terrible noticia de que su hijo se había caído a un pozo. Pompilio se apiadó de ella, fue con ella al lugar, se acercó al borde del pozo e hizo la señal de la cruz. En los registros canónicos consta el hecho maravilloso de que el nivel del agua comenzó a subir, como si el pozo la regurgitara, hasta que el niño emergió, ileso y sonriente, al alcance de la mano de su "enloquecida" madre.

Una penitente del taumaturgo sufre los malos tratos de su marido, un hombre vicioso y de carácter duro. Se encomienda a las oraciones de su confesor. El mismo día, su marido la invita a dar un paseo por el campo el próximo domingo. Piensa que su marido podría haber cambiado de actitud, pero se apresura a decírselo a su confesor. El confesor, que no la cree, le mete miedo y le aconseja que le llame si se encuentra en peligro. Llega el día del "paseo dominical". En medio del campo, su pérfido consorte saca un puñal e intenta asesinarla. Sin embargo, cuando ella llama al padre Pompilio, aparece su semblante airado y severo, arrebatada el arma al asesino y le regaña tanto que éste cae de rodillas apenado y promete confesarse.



A la mañana siguiente se confesó con el propio San Pompilio. Pero lo más notable es que, en el preciso momento del ataque frustrado, el santo estaba en público, en el púlpito de su iglesia. Interrumpió su sermón durante unos instantes, como si se hubiera distraído con otra cosa, y luego siguió predicando como si nada hubiera pasado. No tardó en hacer público lo sucedido y así lo atestiguaron los testimonios judiciales. La bilocación no es un fenómeno desconocido en la vida de los santos.

Más tierno y humano fue el incidente de su sermón del 17 de noviembre de 1756. Lo interrumpió en el momento más inspirado de un pasaje vibrante; permaneció mudo unos minutos, que parecieron eternos al auditorio expectante, y luego explicó: "Suplico un requiem aeternam por el alma bendita de mi madre, que acaba de morir". Y así innumerables hazañas asombrosas.

Pero la santidad no se demuestra en las maravillas, sino en la tribulación y el sufrimiento. ¿Fue la política exterior de la realeza? ¿Fue la política interna de separar las provincias entre los Pulla y los Napolitanos? ¿Fueron -lo más probable- las maquinaciones de los jansenistas Capelloni que chocaron con las misericordiosas benignidades del confesionario del padre Pompilio? Lo cierto es que tanto el palacio real como la cancillería arzobispal emitieron órdenes a principios de 1759 suspendiéndole de su ministerio y desterrando del reino al taumaturgo de Nápoles. Los caballos del carruaje, que lo llevaron primero al colegio de Posilino, no quisieron arrancar hasta que el rector dio la orden al propio desterrado por obediencia. Una vez dado el primer paso, llegó de Roma, con destino a Luga en Emlia y Ancona en las Marcas, regiones centrales de Italia, con colegios que no estaban ni en Pulla ni en Nápoles.



Durante cuatro años, esto fue lo que podemos llamar la "tercera etapa" de la vida apostólica de San Pompilio, no menos ferviente, no menos fecunda que la de Nápoles o Abruzzo, y también juzgada por la resignación y humildad con que abrazó toda obediencia. Sin embargo, el Señor dispuso su rehabilitación con un regreso triunfal a Nápoles, el rectorado de Manfredonia, el apostolado en su ciudad natal de Montecalvo y el rectorado con la enseñanza de novicios en Campi Salentino da Pulla, donde brillaron sus últimos años reflexiones y dejó con sus huesos la ejemplaridad de su santísima muerte. Sin duda, aquí revivió la figura del

escolapio ejemplar, con sus inquietudes docentes e incluso haciéndose cargo de las provisiones para la escuela de los pequeños.



Sin embargo, no debemos pasar por alto el doble carácter de austeridad exterior y dulzura interior que tienen las dos caras de la espiritualidad pompiliana. En pleno siglo XVIII, el siglo de Voltaire y Rousseau, del enciclopedismo, la ilustración y el racionalismo, los pródromos de la Revolución Francesa, San Pompilio predicó principalmente sobre la Novísima del hombre (la muerte, el juicio, el Cielo o el Infierno), con los acentos de un San Vicente Ferrer, y plasmó la devoción a las almas del Purgatorio con prodigios que pueden parecer "ridículos" cuando se cuentan, pero que dejaron

profundas huellas y "olas" de asombro y terror en los testigos en persona cuando tienen lugar, como rezar el Rosario, alternando con las calaveras en la cripta de la iglesia de Caravaggio, o saludar y recibir réplicas verbales de los esqueletos en el cementerio de Montecalvo, y no en privado, sino ante multitudes.

Por otra parte, su devoción a la Santísima Virgen se encontró con coloquios como el Ave María contestada con un "Ave, Pompilio", de la "Bella Madre", como él llamaba siempre a Nuestra Señora. Fue también un gran propagador y apóstol de la devoción al santo Escapulario del Carmelo, como medio seguro de la asistencia de la Madre del Cielo en la salvación de las almas.

Su bella Amante era el Corazón de Jesús, cuya devoción difundió con tantos favores y prodigios como Santa Margarita María Alacoque. San Pompilio fue, pues, una llamada al sobrenaturalismo en el mismo momento en que se iniciaba el intento de descristianización de los siglos XVIII y XIX de la Edad Moderna.

Fue canonizado el 19 de marzo de 1934 por Su Santidad Pío XI.

Texto: <http://www.santosebeatoscaticos.com/2014/03/sao-pompilio-maria-pirrotti-presbitero.html>



ESCOLÁPIOS BRASIL-BOLÍVIA
Ordem das Escolas Pias
Orden de las Escuelas Pías